

Al salir de la estancia de Hernan Cortés para buscar al padre fray Bartolomé de Olmedo, que era el que se había encargado de su educación religiosa, la bella india cruzó por delante de un grupo de soldados.

No había uno solo que no experimentara el influjo de su belleza.

—Parece que te se van los ojos detrás de ella, dijo uno á otro.

—Tú también la has mirado con malas intenciones.

—Es una mujer capaz de volverle á uno loco.

—A todos nos tiene con el alma en un hilo.

—¡Cuidado que es hermosa!

—Lo único que la salva es que nos ha inspirado á todos los mismos deseos.

—Lo que yo sé, dijo otro de los soldados, es que he notado que nuestro general está enamorado de ella.

—Quién, ¿él? ¡Si no le gustan las mujeres!

—Ademas, está casado.

—A mí se me ha metido en la cabeza que la tal Marina le ha trastornado el juicio.

—Si así fuera, bien merecido lo tiene, porque es un héroe.

—Sí, pero....

—¡Silencio! dijo Pedro de Alvarado, acercándose al grupo de los murmuradores. De esa mujer no se habla sino para bendecirla.

Pedro de Alvarado estaba tan enamorado como Hernan Cortés de la jóven.

CAPITULO XXXV.

Amor.

El día siguiente, después de una noche de insomnio, la idea se había convertido en pasión en Hernan Cortés.

—¡Oh! exclamó. Esa mujer me subyuga.

Los capitanes fueron á verle muy temprano.

—¿Qué disponeis? le dijo Pedro de Alvarado.

—El cacique de Tabasco debe volver hoy con las familias principales de la ciudad á recuperar sus hogares....

Yo no sé lo que siento....

Hace ya algunos días que no luchamos, y esta tranquilidad me hace daño.

Voy á hacer ejercicio; voy á dar un paseo á caballo.

—Os acompañaré.

—No.

—¿No temeis una emboscada?

—Los indios son nuestros amigos.

Quedaos á recibir al cacique, y dejadme disfrutar de la paz. Quiero un momento de libertad.

—Marina ha salido muy temprano hácia el bosque, se dijo Pedro de Alvarado.

¿Irá á buscarla?

Hernan Cortés montó en un brioso alazan, y partió hácia el bosque.

Pedro de Alvarado no separó los ojos de él hasta perderle de vista.

No habia confiado á Marina el sentimiento que le inspiraba.

Presentia que aquella mujer habia cautivado el corazon de su jefe.

Pero no podia imaginarse que Hernan Cortés y la jóven hubieran estrechado de tal manera el lazo que unia sus almas.

Hernan Cortés llegó hasta la entrada del bosque, y allí se detuvo.

—¿Dónde me esperará Marina? se dijo. Que mi amor me guíe. Y dejando libres las riendas del caballo, se internó en el bosque.

No habria andado quince minutos, cuando Marina salió á su encuentro.

—Sois puntual, le dijo.

—Tengo curiosidad de ver ese manantial que brota de la roca.

Temo morir, y quiero preservarme de la muerte.

—Venid, venid conmigo.

Hernan Cortés se apeó del caballo, y llevándole de la rienda le ató á uno de los árboles, cuando Marina le dijo:

—Ya hemos llegado.

La roca era pequeña, y estaba situada en el centro de un círculo que formaban los árboles.

De una de las junturas de aquella piedra brotaba un cristalino manantial, que corriendo á través de la yerba, iba á perderse entre los árboles.

—¿Qué encantador es este sitio! exclamó Hernan Cortés, sin explicarse que le parecia bello porque lo embellecia con su figura la jóven india.

Marina vió en los ojos del caudillo la alegría que rebosaba en su corazon.

—Sólo de respirar este aire, le dijo, os sentís más dichoso ¿no es cierto?

—Sí, Marina.

—¿Cuán bueno sois!

—¿Me quieres tú?

—¿Que si os quiero! ¡Ah! No tengo más familia, más amparo que vos.

Si no os inspirase al ménos lástima, preferiria morir.

Ser vuestra esclava es mi única delicia.

El caudillo se sentó al pié de la roca, y contempló con entusiasmo á la jóven.

—¿No quereis probar el agua inmortal? dijo Marina.

—¿No me has dicho que produce sueño?

—Sí.

—Pues entónces... no la necesito, porque en este momento me parece soñar.

—Pero ella conservará vuestra vida.

—¡Oh! No; si no pudiera contemplarte despues de haberla bebido, preferiria la muerte, dijo Hernan Cortés, dominado por la pasion.

—El sueño pasa pronto.

—No, no; ven á mi lado, y dime cuánto me amas.

—Antes dejadme acercar los lábios al manantial.

Quiero probaros por mí misma que el sueño es rápido, que la felicidad que se experimenta en él es indecible.

Al decir esto, ahuecando la mano, la acercó Marina varias veces al manantial, y despues á sus lábios.

En seguida, reclinándose inocentemente sobre el regazo de Hernan Cortés, le hizo adivinar en sus miradas una eternidad de dicha.

Durante algunos segundos permanecieron los dos en silencio.

En este tiempo no cesaron de mirarse.

—¡Oh, cuán dichoso soy! exclamó Hernan Cortés. Marina, Marina, yo te amo.

La jóven queria responder y no podia.

Sus ojos iban entornándose poco á poco.

Articuló algunas palabras, y quedó profundamente dormida en los brazos de Hernan Cortés.

Más de quince minutos trascurrieron en los cuales Hernan Cortés, embelesado al contemplar la peregrina hermosura de la india, experimentaba una emocion que no podia explicarse.

Todos los latidos del corazon de la jóven parecian repetirse en el suyo.

Marina le comunicaba su fuego, y aquel ardor le embriagaba.

Una sonrisa ápacible brillaba en los gruesos y finos lábios de la jóven.

El caudillo queria adivinar en sus entreabiertos ojos la emocion que experimentaba.

Pero las negras y largas pestañas que los cubrian parecia que se oponian á sus deseos.

Hernan Cortés contemplaba á Marina con amor.

Dominado de pronto por una fuerza superior, en un movimiento nervioso, acercó la frente de la jóven á sus lábios, y al mismo tiempo oyó cerca un ruido que le hizo dominarse y volver los ojos como temeroso de que le espieran.

Por más que hizo, no vió nada.

Marina se despertó.

—¡Ah! exclamó. ¿Por qué me habeis vuelto la vida?... ¡Era tan dichosa soñando!...

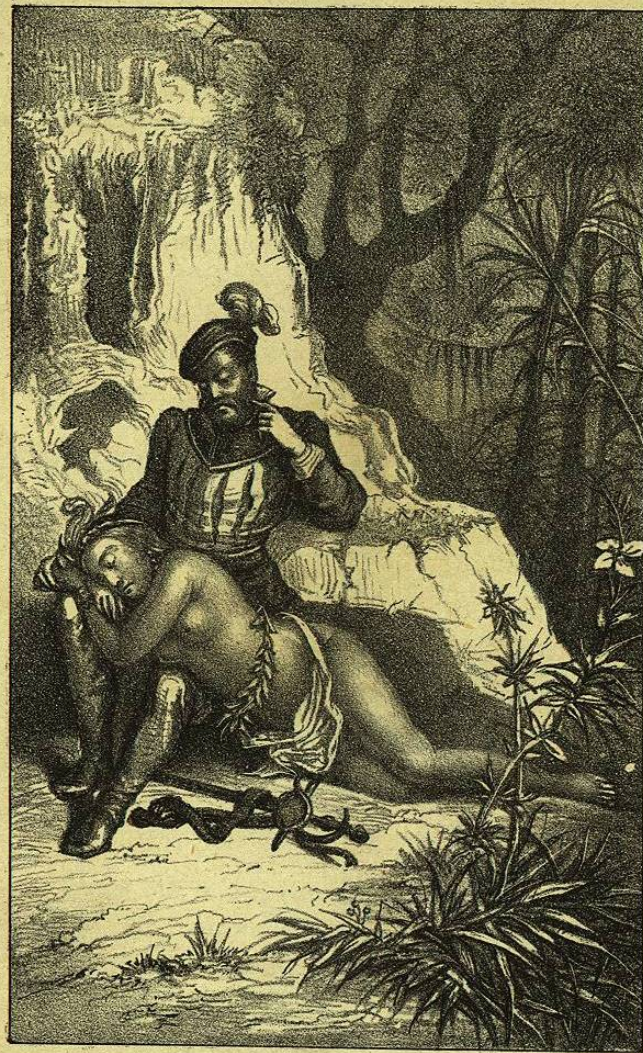
—¿Qué soñabas?

—Perdonadme que os lo diga con sinceridad.

—Habla, dijo Hernan Cortés.

—Pues bien; oid, dijo Marina.

Soñaba que este espacio que nos rodea se habia convertido para nosotros en una fuerte muralla.



.....contemplaba á Marina con amor.

No podíamos salir de aquí; todos los caminos estaban cerrados; nos habíamos separado para siempre de todo el mundo.

¡Pero yo era tan dichosa!...

De pronto se llenaron mis ojos de lágrimas.

Vos me estrechasteis en vuestros brazos y me dijisteis:

«No llores, Marina mía, no llores.

«Yo te amo más que á mi vida.

«Contigo soy feliz.

«¿Qué me importa todo mi poderío si te tengo á mi lado?

«Aquí viviremos eternamente amándonos.»

Y vuestros lábios se posaban en mi frente, y yo sentía una felicidad inmensa.

¡Ah!

¿Por qué no habré nacido en vuestra patria?

¿Por qué no seré digna de vuestro amor?

—¡Marina, Marina! exclamó Hernan Cortés. ¡Ah! ¡Tú me vuelves loco!

—Soy indigna de vos.

—No, no; oye. Yo te amo, no puedo vivir sin tí: tú me has enloquecido.

Marina se escapó de entre sus brazos.

—Huid, huid, le dijo, vuestros hermanos me matarian; soy una pobre esclava.

—Pero....

—Juro daros mi vida, pero sin exigiros la gratitud, el amor.

Hernan Cortés hizo un esfuerzo; y consiguió dominarse.

—Tienes razon, tienes razon, la dijo; huye de mí.

El amor podría apartarme de la senda que me traza la gloria.

Me debo á mis soldados á mi patria.

Marina, en nombre del amor que me tienes, mata la pasion que has despertado en mi pecho.

Marina desapareció.

Hernan Cortés se avergonzó de su debilidad, y tuvo miedo de presentarse á sus soldados.

—¡Ah! Si conociesen que me he dejado vencer por el amor.
¡Cuán pequeño parecería á sus ojos!
¡No! Yo me dominaré; yo me dominaré.
Y abandonando el bosque en su corcel, volvió á la ciudad, precisamente cuando llegaba el cacique con sus vasallos.

Pedro de Alvarado dirigió una mirada terrible á Hernan Cortés.

La llama de los celos ardia en su corazón.

Impulsado por la atracción del abismo, había seguido á Hernan Cortés, y había visto á Marina en sus brazos.

El odio se apoderó de su alma.

Odio implacable á Hernan Cortés.

Odio á Marina.

Odio á sí propio, porque no podía arrancar de su pecho la pasión que le devoraba.

—Yo me vengaré, se dijo.

Aquellos momentos eran críticos para todos los españoles, y aplazó su venganza.

Al día siguiente tuvo lugar un acontecimiento, que preocupó sobremanera á Hernan Cortés.

CAPITULO XXXVI.

Quando una mujer quiere.



El cacique de Tabasco notició á Hernan Cortés que algunos de sus vasallos habían llevado hasta la ciudad, en donde vivía el gran emperador de aquel país, la noticia de la llegada de los españoles, y la derrota que habían sufrido los indios.

Hernan Cortés comprendió entonces que no debía perder el tiempo permaneciendo en Tabasco.

Entonces, como contaba con la amistad del cacique, y con la seguridad de que no volvería á rebelarse contra él, determinó embarcarse de nuevo con su gente para seguir el derrotero que le había autorizado á llegar cuanto antes á la presencia de un soberano á quien todos temían.

Gracias á las conversaciones de Aguilar con algunos de los indios, supo Hernan Cortés que eran feudatarios del emperador de México, y por lo tanto sus enemigos.

Aprovechando esta circunstancia, ofreció al cacique si le prestaba su ayuda, libertarle del pago de aquella contribución y de la vergüenza de aquella esclavitud, dando á su pueblo la libertad que deseaba.

Estas promesas fueron acogidas por el cacique con verdadero entusiasmo.

Convirtiendo uno de los adoratorios en templo católico, encargó al cacique que le custodiase, estimulando á sus vasallos á que adorasen al verdadero Dios.

Confiando Hernan Cortés en la fidelidad de los indios, lo dispuso todo para su partida.

No atreviéndose á decir á Marina que le abandonase, como él queria, por evitar la fascinacion que sobre él ejercia, encargó á Aguilar que se despidiese en su nombre de la jóven india y le dijese la verdad.

¡Con qué amargura, con qué desesperacion escuchó la jóven la despedida del hombre á quien amaba!

—¿Qué daño le he hecho yo para que me rechace de ese modo? preguntó á Aguilar.

—No es ingratitud, no es falta de cariño su resolucion.

Vamos tal vez á vernos empeñados en luchas como la que aquí nos ha sorprendido, y tú podrias sufrir.

Quédate aquí; nosotros volveremos, y ya que tan buena eres, y tanto amor profesas á los españoles, al regresar á nuestra patria te llevaremos á nuestro lado.

Marina pasó algun tiempo sollozando.

Una idea cruzó por su mente.

Abandonando el albergue que tenia cerca de los españoles, fué á ver al cacique de Tabasco.

En aquel momento escogia entre todas las hijas de sus vasallos las más bellas para enviarlas como ofrenda á Hernan Cortés.

Marina pudo lograr que la incluyeran en el número de las privilegiadas.

Mientras tanto, los capitanes de Hernan Cortés hacian los preparativos para la marcha.

El cacique fué á ver á su huésped, y le suplicó que le aceptara veinte indias para que en el viaje cuidasen de su regalo por ser muy diestras todas en preparar los manjares que más podian agradar á los extranjeros.

No podia Hernan Cortés negarse á aceptar aquel agasajo.

Al verlas dió orden para que se las distribuyera en los buques con algunos otros indios, que queria llevar á su lado.

Marina consiguió que la llevasen á la carabela capitana.

Al dia siguiente, ántes de darse á la vela, recibió Hernan Cortés al cacique, y le recordó la obediencia que habia jurado prestar al monarca de Castilla.

El cacique y sus vasallos juraron obedecer á aquel soberano.

Segun su costumbre, dispuso Cortés que se dijera una misa ántes de proceder á la embarcacion de los soldados, y los indios asistieron á aquella ceremonia con gran recogimiento.

Era Domingo de Ramos, y quiso Hernan Cortés que se celebrasen los oficios como en España.

El efecto que esta ceremonia produjo á los indios, fué inmenso.

Hasta tomaron parte en la procesion, ostentando ramas de árboles como los españoles.

Uno de los butíos, asombrado del culto que rendian los extranjeros á la Divinidad:

—Gran Dios debe de ser ese, exclamó, á quien se rinden tantos hombres tan valerosos.

Terminada la ceremonia, se embarcaron los españoles, y siguiendo la costa con rumbo hácia el Poniente, no tardaron en descubrir la provincia de Guazacoalco.